

donde ha estudiado el tema de la muerte, que ella califica de complejo, porque a su alrededor se entretajan relaciones sociales entre vivos y muertos, cruzadas por cuestiones económicas, políticas e ideológicas de las que surgen sentimientos contradictorios: a los muertos se les celebra y se espera su visita en noviembre, pero también se les considera seres que pueden hacer daño. Existen indicios, como el canto de una lechuza, la salida de hormigas o de un cierto pájaro, que presagian la muerte; y determinadas imágenes en los sueños que aseguran que habrá difunto: una mujer vestida de blanco, alguien barriendo la casa, carne o maíz en abundancia, agua sucia, etc. En este interesante trabajo, Pérez Castro da cuenta de uno de los aspectos de la muerte, del temor que se le tiene en Tancoco, para lo cual hace una revisión puntual de las creencias y tradiciones, así como de la manera como los habitantes de este poblado conviven con variados personajes sobrenaturales que afectan y determinan sus vidas.

Es digno de apreciar el esfuerzo de quienes trabajan y colaboran en la revista *Península*, dirigida por Mario Humberto Ruz, pues no solo ponen a disposición de los especialistas en ciencias sociales y humanidades productos de investigaciones serias y de gran valor, sino que ofrecen artículos accesibles y amenos para prácticamente cualquier lector interesado en diversos aspectos de la cultura y de la vida de la gente de la península yucateca.

LEONOR FERNÁNDEZ GUILLERMO
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Alexandr Nikoláievich Afanásiev. *Leyendas populares rusas de santos, diablos, milagros y maravillas*, ed. y trad. Eugenia Bulátova, Elisa de Beaumont Alcalde, Liudmila Rabdanó y José Manuel Pedrosa. Madrid: Páginas de Espuma, 2007; 282 pp.

Las *Leyendas populares rusas* de Alexandr Nikoláievich Afanásiev tuvieron que atravesar innumerables contratiempos desde su publicación inicial en el año 1859 hasta recibir el reconocimiento que su intrínseca riqueza merece, en principio debido a los frenos conservadores del régimen

zarista, que las prohibió al considerar que el tratamiento que allí se le daba a los personajes sagrados era inadecuado e inadmisibles para los rígidos parámetros de la jerarquía eclesiástica y, más tarde, a causa de los reparos comunistas frente a la temática religiosa prominente en estas historias.

Hoy, afortunadamente, la situación ha cambiado, y a la última edición rusa del año 2005 se suma en esta oportunidad la primera traducción en lengua española de esta singular obra de Afanásiev. Poco apropiado sería, sin embargo, calificar meramente como traducción a este esfuerzo editorial conjunto, que ha reunido a tres excelentes traductoras como Eugenia Bulátova, Elisa de Beaumont Alcalde y Liudmila Rabdanó con el reconocido estudioso José Manuel Pedrosa.

La magnífica tarea de edición llevada a cabo por estos especialistas ha dado como resultado que el público hispánico pueda acceder por primera vez – de forma inmejorable y con todos los cuidados que requería el caso – a estas *Leyendas populares rusas de santos, diablos, milagros y maravillas*. El subtítulo que los editores han agregado al texto original de Afanásiev constituye el primer ejemplo, aunque no el más destacado, de unos criterios editoriales centrados en poner de relieve los elementos esenciales de las leyendas presentadas. Es fundamental, además, tener en cuenta que este volumen – lo que acrecienta aún más su importancia como contribución editorial – es el tercero de una serie más amplia que reúne otros relatos tradicionales rusos publicados por Afanásiev, que hemos disfrutado con anterioridad gracias a la traducción y edición de Bulátova, de Beaumont Alcalde y Pedrosa: *El pájaro de fuego y otros cuentos populares rusos*, en el año 2000, y *El anillo mágico y otros cuentos populares rusos*, en el 2004.

Como el subtítulo, que distingue temáticamente y de ese modo ordena la presentación de las leyendas, también el Estudio preliminar de Pedrosa (“Las *Leyendas populares rusas* de Afanásiev: el renacimiento de un libro maldito”) contribuye a ubicar el corpus total de las leyendas del investigador ruso en su contexto, tanto en el local como en el propio de las más variadas tradiciones culturales, a través de un análisis comparativo que – a pesar de que el erudito califica como “escueto y sintético” – posee tal profundidad que excede los límites habituales de un estudio introductorio y da mayor amplitud y comprensión, mediante

enlaces tan atinados como incontables, presentes y pasados, a un universo textual que se extiende gracias a sus iluminadoras aportaciones y debido, en gran medida, a la magnitud de sus conocimientos.

Los innumerables rastros, conexiones argumentales y ecos de relatos bíblicos y, de manera más general, hagiográficos o de edificación cristiana en estas historias delimitan un corpus legendario extenso aunque centrado en materiales religiosos, algunos de ellos incluso precristianos y de antigüedad inestimable, distintivos de lo sagrado en la conformación de la religiosidad popular.

Un aspecto fundamental también destacado por Pedrosa es la “curiosidad insaciable” de Afanásiev hacia los temas más variados, lo que sin duda se expresa en estas leyendas, y que el erudito profesor de la Universidad de Alcalá ha sabido interpretar, encauzar y transmitir en forma magistral, tanto en sus comentarios preliminares como en la metodología y los procedimientos empleados para la edición de los relatos.

Bajo el eje central de la presencia de Cristo entre los hombres como un peregrino, en estas leyendas lo milagroso confluye con lo maravilloso precristiano a través de motivos como las metamorfosis de hombres en animales, los rejuvenecimientos instantáneos y los crecimientos desmesurados o las pérdidas repentinas de tamaño. Son particularmente numerosas, entre las leyendas, aquellas que se refieren a las curaciones milagrosas y a la ejemplaridad alrededor del tema de la riqueza y la pobreza material frente a los bienes espirituales.

El hombre, a través de la imagen principal de la vida como peregrinaje, también viaja en gran cantidad de estas leyendas populares, conociendo incluso el Infierno y alterándose la percepción natural del tiempo cuando Dios le permite disfrutar anticipadamente de los bienes del Paraíso. La contemplación de la hermosura altera hasta el discurrir narrativo y convierte en días los que en verdad son años, mientras que la introducción del humor posibilita que los demonios sean engañados por los seres humanos y deban ponerse a su servicio, trasladándolos a lugares increíbles, en viajes realizados más allá de las fronteras temporales y espaciales. Muchos de estos relatos de viajes son también, comprensiblemente, historias de búsqueda y aprendizaje espiritual. Hay zares que deben viajar y aprender a ser humildes para así recuperar su reino y su identidad; bautismos prodigiosos, a partir de los cuales los

ahijados intentan conocer a padrinos huidizos, y hasta historias de ángeles que pierden sus alas y deben vivir entre los hombres durante un tiempo hasta recuperarlas.

Algunos santos ocupan asimismo un espacio considerable en estos textos. San Nicolás es recurrentemente venerado, mientras otros poseen una devoción más acotada, que se explica atribuyéndoles conductas humanas muchas veces cuestionables, como en el caso específico de san Casiano, que no ayuda a un hombre a quien se le había quedado atascada su carreta solo por no ensuciar su ropaje de Paraíso. Los atributos excesivamente terrenales con los que se caracteriza a los santos en algunas leyendas también propician una especial cercanía entre el personaje sagrado y el fiel, una evidente familiaridad, que fue muy cuestionada por los procedimientos clericales institucionalizados en el momento de la publicación inicial de la obra.

Esta llamativa humanidad de los santos, la personificación constante de la muerte en los relatos y la errancia de los demás personajes en sus búsquedas, encuentros y siempre continuos desplazamientos, funcionan como encarnaduras, como marcas concretas que al textualizarse le dan a cada leyenda su sentido principal: un carácter edificante nada abstracto, sino configurado a partir de lo palpable, de lo concreto, de lo que se experimenta como real.

Las leyendas fluyen, en una continuidad de la memoria popular que realimenta unas con los ingredientes de otras, resultando en historias complejas —a veces incluso ciclos— con personajes entrelazados, anécdotas que se superponen y una trama mayor y más naturalmente elaborada que la que podría pergeñar el más imaginativo creador de relatos.

Debemos al cuidado editorial que distingue este libro la conservación de bastantes comentarios originales de Afanásiev, así como la traducción y el reordenamiento de aquellas notas y relatos comparados más relevantes para, en principio, apreciar las leyendas como el investigador ruso las estimaba —es decir, desde la mirada mitológica tan en boga en la segunda mitad del siglo XIX—, pero avanzando luego en una interpretación más acabada que, habiendo tenido en cuenta las propias reflexiones de su compilador, permita seguir indagando en los rasgos específicos de la religiosidad popular rusa y en los horizontes abiertos de su carácter netamente humano, universal.

Ya en el prólogo de sus *Leyendas populares rusas* Afanásiev explicita las motivaciones fundamentales de la compilación, al destacar que su interés en estas historias radica en que son el fruto de la creatividad poética de un pueblo; su pueblo, al que reconoce al analizar la fusión de creencias y de tradiciones cristianas y paganas, así como el cruce entre el pasado más remoto y el presente de su tiempo. La consideración de su verdad interna, que el investigador ruso define como la “vida que anima toda obra poética”, permite trazar una continuidad desde la publicación del texto original hasta esta traducción, verdadero esfuerzo editorial guiado por la intención de que quienes hasta ahora no habíamos podido acceder a esa íntima verdad la redescubramos gracias a un meritorio trabajo de traducción, ordenamiento de notas y compilación agudamente crítico, propio de lectores atentos a extraer y presentar la riqueza más profunda de los textos y conforme, al mismo tiempo, a los requerimientos científicos de la filología actual.

Como apéndices, se registran algunos comentarios particulares de Afanásiev sobre leyendas específicas, mediante los cuales se exploran aquellas creencias populares en las que se basa el testimonio legendario, destacando los conceptos, las historias, las ideas fusionadas a partir del encuentro del cristianismo y los mitos propios de la identidad campesina. Las transferencias, las asociaciones, los atributos reformulados puestos de relieve por el estudioso ruso remarcan aún más la idea de la continuidad de las historias y su función en la conformación, el desarrollo y la preservación de la memoria popular.

A pesar de que las formas de considerar e incluso de acceder a la narrativa tradicional eran muy diferentes para un investigador de la Rusia del siglo XIX de las que podría postular hoy como deseables un etnógrafo, el valor de estos comentarios y el afán compilatorio que guió esta publicación de Afanásiev —aunque no haya sido él personalmente quien recogiera los materiales— sin duda distinguió objetivos científicos que con los años fueron profundizándose y perfeccionándose en el tratamiento del acervo tradicional.

El glosario que figura luego de estos apéndices ayuda a comprender cabalmente, del mismo modo que lo hacen las notas contextuales de las traductoras en algunas leyendas, cómo los elementos concretos, propios de la vida de todos los días de los campesinos rusos, arraigan la edifi-

cación en lo cotidiano. No es llamativo, en este sentido, que el glosario reúna mayoritariamente referencias relacionadas con unidades rusas de medida, alimentos y bebidas típicas.

El volumen se cierra con unas muy útiles concordancias con los catálogos internacionales de cuentos y de narraciones folclóricas, esenciales para entender —una vez reconocida y disfrutada su originalidad— el carácter universal de estas leyendas como don compartido, tradicional; aquello que la confluencia de la realidad y la fantasía de las generaciones nos legó como punto de referencia y confrontación, base inamovible para el desarrollo histórico de las sociedades.

Solo nos resta desear, finalmente, que el armonioso y acompasado trabajo de traducción y edición de este grupo de entendidos nos siga ofreciendo en el futuro textos hasta ahora poco accesibles y de valor inestimable, que, como estas leyendas, iluminen la particularidad de los relatos, el lenguaje y las creencias rusas, al mismo tiempo que destaquen las cualidades y los alcances siempre sorprendentes de las historias tradicionales.

CARINA ZUBILLAGA